



**«LA MEMORIA Y EL CONFLICTO»:
UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIA SOCIAL**

JAIME CONTRERAS

1. UNA CONVERSACIÓN Y UNA DIVERGENCIA

Estuvimos hablando de su tesis y discutimos, en concreto, sobre ciertas posibilidades de estrategia teórica para abordar con cuidado una parte importante de su trabajo. Andaba, entonces, mi amiga, trabajando para «reconstruir» lo que ella llamaba «el entramado estructural de aquella familia». Se trataba de un asunto importante que constituía uno de los nervios centrales de su investigación; y mostrábase muy preocupada porque, en su deambular por diferentes archivos, no encontraba información suficiente. En concreto sabía poco, me decía, sobre algunos miembros de aquel despliegue familiar que, extendido sobre la mesa, cubría un tiempo de más de tres generaciones, entre 1640 y 1700 aproximadamente. Véanse allí diferentes árboles genealógicos entrelazados, lo que permitía, según decía mi amiga, comprender el poder social y económico de aquella parentela formada por diversos mercaderes, algunos administradores de rentas nobiliarias y un par de asentistas que, al parecer, especulaban con la deuda no consolidada de la Monarquía Católica. Aparecían, finalmente también, las esposas y los hijos de aquella familia, colocados con trazos de colores, cada uno de los cuales correspondía a un distinto «linaje», lo cual serviría para determinar las diferentes estrategias matrimoniales que aquel grupo había protagonizado o padecido.

Pero mi amiga quería más datos. Los de un abuelo paterno que fue mercader de feria durante más de treinta años y que, en realidad, era la persona que había asentado, con su trabajo incansable, los primeros cimientos económicos, los más estables, de aquella larga familia. Faltaban datos también de un par de hijos; uno, estudiante en Alcalá y li-

cenciado en teología y otro que, tras casarse por voluntad propia con una doncella cristiana vieja, parecía que se lo había tragado la tierra. Nada se sabía de él. Porque, digamos ya que, la familia que investigaba mi amiga era una de aquellas de las que, por los años en que cayó el Conde-Duque, se conocían en Madrid como de «los portugueses» término equívoco que expresaba un sentimiento colectivo ciertamente hostil. Allí, en la Corte, se manifestaban ciertas formas de sentimientos xenófobos que se añadían, además, a los recelos colectivos que, tradicionalmente, se expresaban respecto de los cristianos nuevos, judeo-conversos venidos de Portugal. La familia que estudiaba mi amiga caía plenamente bajo este tipo de parámetros por lo que, podía decirse, sufría ciertas formas de marginación y reticencia. Aunque en esto del origen judío no había de dársele demasiada importancia porque estos portugueses eran cristianos, habida cuenta de que habían sido los ascendientes de cuatro o cinco generaciones arriba los que, de judíos, se habían tornado cristianos. Estaba tan lejana esta fecha que, a mi amiga, en este punto, no le distorsionaba su tarea de «reconstrucción» de aquella red familiar.

Preocupada, pues, como estaba y llevado yo del deseo de ayudarla, en un momento dije tímido y sin querer molestar demasiado: —¿«reconstruir»... para qué? Ella, desde luego, no se descompuso y, habituada ya a mis frecuentes provocaciones, enhebró un largo y trabado discurso sobre el significado y la función de las estructuras de los linajes en la constitución y gestación de ágiles formaciones precapitalistas durante el largo proceso histórico de la acumulación primitiva de capital.

—Importante, sino grandiosa, tarea, dije yo entre admirado y divertido; pero ella, obviando mi tono arretrancado, añadió —muy segura— que esperaba reconstruir (ésta fue otra vez su palabra) muy bien ese complejo proceso de acumulación en los años de la segunda mitad del s: XVII. Manifestó igualmente su convencimiento de que éste era el camino adecuado, por cuanto la estructura de la red parental explicaba la forma de participación más efectiva en las empresas comerciales de aquella época. Por supuesto sabía muy bien que, en este sector, se habían organizado otras estructuras mucho más complejas (sociedades de crédito, por ejemplo) pero se asentaba en la idea de que fueron los núcleos familiares quienes realmente dibujaron los caminos por donde se drenaban las grandes plusvalías que generaba aquel activo comercio en ambos lados del Océano Atlántico.

Sabía, continuó hablando mi amiga, que sus reflexiones se acoplaban perfectamente en el marco que Wallerstein había señalado al desarrollar su teoría de la economía-mundo. Y, refiriéndose al hecho de que



su familia era judeo-conversa opinaba que, obviando los aspectos religiosos, muchos de sus hombres esgrimieron su precisa condición étnica para insertarse, igualmente, en los espacios comerciales que la judería europea había abierto en aquellos tiempos mercantilistas; así lo había demostrado J. Israel ¹.

Debo reconocer que su discurso fue una buena demostración de su discurrir lógico, que su tesis me pareció realmente novedosa y que dio muestras de poseer gran capacidad de convencimiento. —Bien, repliqué, pero entonces... ¿por qué tanta preocupación por el estudiante de Alcalá que, seguramente, no participó de las plusvalías familiares? Respecto del segundo hijo, el que rompió las reglas de la endogamia familiar, igualmente parece que optó por protagonizar una vida confundido y olvidado en la sociedad mayoritaria. Son dos singulares disfunciones en relación con la lógica que desarrollas. ¿No sería posible encontrar algunas más? Y respecto a lo de «reconstruir» la estructura, yo puedo entender algunas razones, pero existen otras muchas también que no lo harían tan aconsejable.

Fue aquí, en este punto de la conversación, cuando mi amiga manifestó sus preocupaciones historiográficas explicando su interés en hacer reconocible el pasado buscando la integración explicativa de todos y cada uno de sus vectores. Habló de la historia global y me recordó la defensa que yo había hecho, otrora, de este concepto. Continuó diciendo que en el tejido social que todo conjunto o grupo humano elabora, los elementos de convergencia coexisten con aquellos otros que parecen representar divergencias o disfuncionalidades. Por eso el significado social de su estudiante y del otro joven, su hermano, con ser tan diferentes, no lograban romper el concepto de asentimientos que se adivinaba en la conducta de los miembros restantes. —Por qué le preocupaban tanto, entonces, insistí. Porque lo diferente y distinto, me replicó; lo singular y específico no tienen por qué representar excepciones anormales. Pueden muy bien redescubrir el sentido de las normalidades reiteradas. Y fue entonces cuando me citó las reflexiones de C. Ginzburg y C. Poni en un famoso artículo ²; aquello de que en las sociedades preindustriales, determinadas transgresiones, más que la excepción, constituyen la norma. Recordó que yo había dicho muchas veces que en los discursos de la represión y el control social la heterodoxia explicaba, por oposición, la ortodoxia y que en los circuitos infernales de los procedimientos penales el juez y el reo recreaban espacios complementarios. En este punto J. Caro Baroja —escribiendo sobre brujas e inquisición— había explicado hace tiempo el ballet estructural que ambos, los dos entre sí, constituían ³.



Mi amiga, pues, parecía tener muy claras las ideas. Su tarea principal, pensé, consistía en reconstruir estructuras lo más minuciosamente posible. En ellas no parecía que importara mucho la diferencia entre el significado de la norma y el de la disfunción; ambas se explicaban entre sí y, finalmente, una y otra jugaban entre las dos una dialéctica de tonos amables y floridos. O, mejor quizás, la que realmente imponía las reglas del juego era, finalmente, la norma general porque las singularidades no eran sino elementos decorativos del escenario. Ni el estudiante de Alcalá ni su hermano eran en realidad historia, sino mera proto-historia inoperativa.

—Juego de cortesanos o amable romería campestre, dije en voz alta con toda la ironía que pude encontrar. Juegos y cabriolas efervescentes expresadas en el marco estructural del escenario. Allí se expresan las canciones de camaradería de los jóvenes campesinos o los amables requiebros de la adulación cortesana; también hay espacio para el exabrupto camorrista de los compinches de borrachera, como también lo hay para describir el momento en que los caballeros, ofendidos, desenvainan sus espadas en cuidado duelo florentino. Pero todo ha de ocurrir en el escenario, como divertimento dentro de la gran obra, como despreocupados motetes entre la gravedad armoniosa de la partitura. Tus construcciones estructurales, dije, más que globales, pretenden ser totalizadoras; y a fuerza de ser explicativas dificultan, en algún caso, la comprensión del fenómeno. Reconstruir el pasado, vana pretensión.

Había pasado ya el tiempo y a los dos se nos hizo tarde. Dejamos la discusión colgada en puntos suspensivos y decidimos reanudarla a la primera ocasión que tuviéramos. En la despedida, mi amiga nombró a L. Stone y, precipitadamente, me alargó una ficha donde parecía recogerse una cita del famoso historiador inglés; unas palabras entresacadas de una revista inglesa «Social History» que mi amiga leía con asiduidad. —Toma y léela; otro día comentaremos. Porque, eso sí, mi amiga, erudita donde las haya, está al corriente de casi toda la producción historiográfica que se publica; y se siente fascinada, joven como es todavía, por las diferentes corrientes que se han sucedido sobre el cómo y el por qué de la ciencia histórica. Ella no recuerda muy bien la crisis de Annales, a fines de la década de los 70, pero «militó» en su época de estudiante en «Past and Present», luego en los «Studi Storici» y ahora, según creo, se interesa mucho por una revista alemana cuyo nombre no puedo recordar y bien que lo siento.

Naturalmente que leí de inmediato las palabras de L. Stone que mi amiga me había dejado a contrapelo y precipitadamente, en una actitud provocadora que desafiaba mis reticencias y perplejidades y reforzaba



sus opiniones. Helas aquí: *Utilizar la microhistoria de una persona o lugar para resucitar un momento del pasado y analizarlo, interpretarlo y explicarlo es un asunto «etnográfico histórico»; lograr esto implica la reconstrucción de un estado, sociedad, economía, costumbres, leyes morales y culturas pasadas, tal y como afectan a la disposición mental de un grupo o un individuo*⁴.

Hete aquí, pensé, en un largo párrafo de ritmo apenas sostenido, la razón por la que mi amiga andaba tan preocupada. Con su familia de cristianos nuevos «portugueses» ella buscaba «resucitar un momento del pasado», el de la estructura comercial precapitalista, luego, de seguir los consejos de L. Stone, reconstruir un estado, sociedad, economía, costumbres, leyes morales y culturas pasadas. Un gran proyecto de reconstrucción que, conociendo yo a mi amiga, habría ésta de abordar. Me temí lo peor. Allí aparecía la necesidad, tantas veces reiterada y otras tantas olvidada, de la historia total y global que soñaban los discípulos de Annales. También aparecía, en el sueño de Stone, una extraordinaria galaxia dibujada en relación a la «disposición mental de un grupo o individuo»; leí bien, ciertamente, y no pude evitar preguntarme qué querría expresar L. Stone con tal expresión: «disposición mental». En cualquier caso, el juicio de Stone abarcaba el universo y, sin duda, por eso mismo, resultaba ser tan «importante». ¿Cómo no comprender, sino, que mi amiga quisiera estudiar las leyes de la acumulación precapitalista? Quedé impresionado, es verdad; al punto que volví a leer el largo párrafo no sé si para captar mejor lo excelso de la recomendación que allí se me hacía o para encontrar la posibilidad de realizar alguna crítica a tales juicios, cosa que podría elevar mi propia estima.

2. RECONSTRUIR Y RESUCITAR EL PASADO: UNA HISTORIA CONFORTABLE

Pronto pensé que en el discurso de Stone había dos conceptos merecedores de debate: «microhistoria» y «disposición mental», sin embargo, lo que verdaderamente llamaba mi atención —recordando las palabras de mi amiga— era la rotundidad que, en aquel texto, tenían dos verbos: «resucitar» y «reconstruir». Resucitar momentos del pasado y reconstruir estados y otro sinnúmero de cosas importantes. ¿Por qué resucitar y por qué reconstruir? Será, creí adivinarlo, porque Stone considera que así el historiador estaría en condiciones de conseguir un conocimiento del ayer mucho más ordenado y *construido* que el que, de su propio tiempo, tuvieron sus protagonistas. Esto parecíame obvio,



naturalmente, porque la historia no moviliza los tiempos pasados sino los tiempos presentes, pero esto de «resucitar» y de «reconstruir» me causaba una especial irritación. Resucitar es volver a la vida tras haber entrado en el reino de la muerte y... esto, aparte de ser una estulticia es una imposibilidad. Concédase entonces que esto de resucitar, pues, sólo es una licencia literaria cuyo significado simbólico, en el pensamiento de Stone, se nos escapa por completo. Sin embargo, «reconstruir», eso parece mucho más intencionado.

Porque últimamente se oyen muchos discursos, elaborados en las academias universitarias, que consideran la historia como saber que reconstruye el pasado con objetividad plena, «tal y como era». Reconstrucción con datos y documentos de toda suerte y condición. Documentos archivados y conservados con mayor o menor esmero, y documentos huérfanos de cuidador y expuestos al peligro de las inclemencias externas. Se trata de informaciones o revelaciones de naturaleza diferente: unos tienen entidad económica, otros parecen ser más «sociales», y otros, según dicen los más entendidos, tienen contenidos simbólicos y son de morfología semiótica. En cualquier caso, todos son materiales con los que los historiadores, como mi amiga y otros muchos, elaboran construcciones, estructuras se las llama mejor desde que Levi-Straus hace ya bastantes años las divulgara explicando su composición y naturaleza. Y, a propósito de Levi-Straus y de este punto de las estructuras, convendría recordar que fue él mismo quién, fascinado por su descubrimiento, retó a los historiadores afirmando que: «la historia la hacen los hombres pero sin saber que la hacen». Precisa declaración ésta, la del famoso antropólogo, sacrificando la conciencia individual en el altar de una historia que resulta ser mera naturaleza, una materia sin apenas conciencia que acoge en su seno a ese vector singular de la evolución que es la especie humana. Y ahí estaban, para demostrar la no conciencia, esas estructuras de parentesco, eternas y fijas, ubicadas en ese plano cerca de la superficie donde la naturaleza convierte sus hondos estratos en cultura.

Estructuras de parentesco como las que deseaba confeccionar mi amiga. Bueno, realmente no tan inmóviles, ciertamente, pero estructuras al fin y al cabo que reconstruyen estratos del pasado. A esto iba. Y en la reconstrucción fiel y exacta se emplean todos los materiales necesarios; muchos, todos los que sean necesarios para asegurar que el viento del futuro no pueda nunca erosionarlos. Son, finalmente, construcciones que ofrecen seguridad, eliminan el riesgo y producen la sensación de que los tiempos anteriores son, incluso, hasta reconfortables. Comprendo ahora la razón por la que mi amiga andaba tan preocupada por recoger información: porque no puede permitir que en su edificio se detec-



ten hoquedades y resquebrajaduras que, accidentalmente, produzcan lesiones o que, posteriormente, amenacen ruina. Hete aquí como el pasado construye la seguridad de nuestro presente. Es una opinión.

Porque, realmente, mi amiga —ya se habrá entendido— pertenece a ese grupo de historiadores que, entre agresivos y temerosos, te confiesan que en su tesis «lo han visto todo». Y es, ese «todo» el que parece por sí mismo garantía de perennidad y excelencia. Y resulta lógico pensar que, en esa pretensión de acaparar materiales, subyace una cierta pretensión de reservar un pequeño territorio para sí, un territorio necesario para sobrevivir en el complicado mercado académico que también tiene esta disciplina. Esto parece comprensible pero también es verdad que en tales pretensiones de reconstrucción subyace, a mi juicio, un problema de mayor calado historiográfico e incluso epistemológico: el de entender que el objeto de estudio, al agotarse en la investigación, permite aflorar un estrato del pasado acabado y compacto; en algunos casos voluminoso. Y eso produce sensación de certeza y de seguridad porque asegura el «control» del pasado, lo cual, dicho brevemente, resulta ser «ahistórico» y también un tanto conservador.

Un mundo confortable, he indicado más arriba, recordando la metáfora de R. Samuel: «La historia social, escribió, ha logrado establecer una relación íntima invitándonos a volver al cálido hogar del pasado»⁵. Porque parece cierto que hoy abundan mucho las historias, reconstructoras del pasado, que no pueden sino mirar sus objetos de análisis con actitudes de «empatía», es decir, buscando en los tiempos más o menos lejanos el reconocimiento de los valores y actitudes dominantes en el nuestro. Manipulando, de modos y maneras perversos, la sentencia que dijera el maestro Benedetto Croce («toda historia es historia contemporánea») esta forma del pensar historiográfico —postmoderno sin duda— no sólo sostiene eso de la resurrección del pasado que decía Stone, sino que nada o poco cambia bajo el sol.

Helos pues aquí mismo, junto a nosotros. Son hombres y mujeres reconocidos en el discurso de su vida cotidiana, en el interior de su vida privada, en sus dificultades conyugales, pergeñando el matrimonio de sus hijos e hijas, deambulando por las calles, bailando en la fiesta, gozando en el carnaval o asustados ante la muerte. Helos aquí, con nombres y apellidos, «reconstruidos» en la mayor parte de sus componentes sociales y culturales. Vistos con detenimiento apenas muestran diferencias notables con nosotros ni con nuestro tiempo, las mismas pasiones, las mismas pulsiones, las mismas actitudes. Son el pasado que sale al encuentro del presente para fundirse-confundirse con él. Un pasado pues anómico, neutro gigante bobalicón que podemos no sólo



contemplar sino incluso consumir como si fuese un atractivo objeto de anuncio televisivo.

Tal me resultó ese pasado así reconstruido; al menos existen indicios múltiples que me lo parecen. Un pasado reconstruido con las técnicas del presente. Manipulando los conceptos clásicos de totalidad y globalización que empleó la historiografía de los años 60 y 70, el postmodernismo conservador ha elaborado un pasado indiferenciado de nuestro tiempo, espejo del yo social que se edifica cotidianamente en la realidad virtual de las imágenes. Un «yo colectivo», el de hoy, que discurre paralelo, que no enfrentado, al «yo colectivo» del ayer. Tal parece ser en muchos casos el resultado final de esas elaboraciones que ha realizado la historia de las mentalidades, la etnología histórica o la antropología social, todos campos pretendidamente novedosos pero, en realidad, verdaderos cenagales indefinidos donde ha empantanado hoy el fluir tradicional de la historia social.

Tal es la nebulosa que ha construido la historia de la «gente corriente»; la historia que nosotros los historiadores —gentes corrientes también— hemos venido levantando en los últimos años. Una historia, pues, reconfortante (otra vez el dicho término) que ha recompuesto la historia de la vida privada de mis antepasados que anticipa seguramente lo que es o puede ser la mía propia. Y aquí estoy, feliz, reconociéndome en ellos porque yo no soy ni puedo experimentar otra cosa sustancial que lo que ellos fueron y experimentaron. ¿Qué más puedo pedir? Claro que no hay un final para la historia... ¿cómo puede decirse eso si yo me encuentro reflejado en paralelo con mis mayores como ellos lo hicieron con los suyos y los que vengan lo harán, igualmente, conmigo? Yo, con mi yo pasado; y yo, con mi yo futuro. Tal es el nuevo paradigma.

Estoy exagerando un poco, ciertamente, pero no demasiado; porque resulta cada vez más evidente comprobar que en las muchas historias que hoy leemos, no existe *el otro* como sujeto activo y autónomo. Es verdad que se anuncian investigaciones sobre la *alteridad*, pero ocurre, con frecuencia, que esos otros «alter» no son sino otros «yo» que ya han sufrido el peso de las estructuras donde se ahogaron las particularidades y las diferencias. Por eso a mi amiga la diferencia que le planteaba el estudiante-clérigo de Alcalá, no era diferencia de alteridad activa —lo cual hubiera sido un problema verdadero para ella— sino un asunto de ubicación en el engranaje. Porque mi amiga, finalmente, estaba convencida de que su estudiante, aunque con distinto proyecto personal, habría de quedar, finalmente, sujeto en la estructura cultural de la familia y el linaje. Nadie escapa de la tiranía de los afectos. En consecuencia, se piensa, no existen los «otros», sino los «yos» reflejados en los espejos.





3. LO MICRO Y LO MACRO: EL REINO DE LILIPUT

Reconstruir, pues, el pasado: un artificio seguro y confortable, lo decía L. Stone en la ficha que me dejó mi amiga. Resucitar un momento y... luego ya con él, como resucitado, reconstruir un estado, una sociedad, etc. Tal es el juego de los paralelos. L. Stone parece razonarlo partiendo del principio de que en cualquier formación social, los diferentes planos en que se expresan sus componentes, lo hacen simétricamente en función de la mimesis o proceso permanente de imitación que en todo campo social se establece.

Obsérvese, se nos dice desde tal perspectiva, que lo que en un individuo se expresa como función se repite en el grupo familiar y luego también en el clan, en el bando o en el gremio, luego parece que, desde aquí y por elevación, la función o la disfunción habrá de quedar reflejada en formaciones sociales más complejas como los estamentos o, incluso, los órdenes clásicos. ¿También quedará reflejado en la clase social? Si, claro, se contesta, porque también la clase elabora y construye, igualmente, sus discursos culturales tanto por agregación como por imitación. No debe olvidarse a este respecto —según reflexiona el funcionalismo sociológico en el que parece encuadrarse L. Stone— que las relaciones sociales entre grupos suelen adoptar formas de expresión bipolares, múltiples y encadenadas. De dos en dos, normalmente, aunque entrelazadas a lo largo de una cadena. Y entonces parece que la relación establecida entre dos grupos —aunque disimétrica y conflictiva— acaba por mixtificar las posiciones dentro de un discurso cultural integrador porque el campo externo de referencia abarca y sobrepasa los universos culturales y simbólicos de ambos. Esto fue lo que A. Gurievich llamó «el material semántico básico»⁶; y recuérdese que, dicho de otro modo, venía a ser la idea básica por la que mi amiga me recordaba en nuestra conversación mis veleidades conceptuales respecto de la interacción entre ortodoxia y heterodoxia.

En cualquier caso, lo importante en el discurrir de Stone parece que pasa por la idea de que es posible reconstruir el pasado desde el espacio particular, microscópico, de una persona; el pasado en sentido amplio, el del conjunto social completo (sociedad, economía y disposición mental, dice el autor). Mayor fe en la entidad operativa del individuo, imposible. Porque, efectivamente, desde un individuo se puede llegar a explicar el universo. Ni Carlo Ginzburg, con su famoso molinero, pensó tal cosa. Naturalmente el Menochio ginzburgiano carece del idealismo de Stone. Escandella era un hombre «construido» a través de la

experiencia; su encarnadura personal estaba inmersa en la lucha por cubrir la subsistencia; un hombre descubierto —que no colocado— por su historiador en un espacio concreto de las relaciones sociales, el que ocupaban las llamadas «clases subalternas». De todos modos, entre Ginzburg y Stone, hablando de individuos, parece haber, de entrada, algunas diferencias: para el primero el hombre-individuo es un medio que, como hilo de Ariadna, descubre la complejidad de la madeja⁷; para el segundo, según nuestro texto, es la madeja misma.

Naturalmente que el historiador inglés sabe perfectamente que la realidad es compleja. Claro, es verdad, pero él piensa también que es unívoca y, aunque sean muchos los espejos, al final siempre resulta que es una sola entidad o cosa la reflejada. Por eso el individuo, en sí mismo, encierra toda realidad; es microcosmos en dimensiones reducidas, microcosmos universalizado, todo en todo pero como en el reino de los liliputienses. De modo que, en aquella reflexión de Stone que mi amiga me entregó, lo micro deviene sin dificultad en macro. La microhistoria es macrohistoria, la misma cosa pero de tamaño diferente, los mismos problemas pero agrandados. ¿Qué es aquí el individuo sino un espacio cerrado, pequeño y ocultado por capas y estratos sucesivos? Tal es el resultado construido: capas encima de capas que fabrican armazones ciclópeos y fijos; sistemas que no son sino objetos construidos en la orilla de la historia. Y así resulta que el paisaje historiográfico que ha sido concebido es placentero. Como dijera Raymon Willians «un tranquilo jardín, un fragante y tranquilo lugar donde refugiarse del hedor, la suciedad y los conflictos de la alcantarilla»⁸.

Es verdad; en la historia no todo resulta complaciente. Existe, también, la suciedad y los malos olores. Y nadie puede negar que los individuos sufren, unos más que otros. Y podría decirse que los tales individuos, aún formando colectividad, no son masa disforme si se presta un poco de atención a sus quejas y a sus profundas diferencias. La llamada historia de lo cotidiano ha construido carcasas poderosas y fijas y con ello destruye la memoria y oculta el conflicto. Memoria y conflicto, dos conceptos que deben ser considerados al abandonar esta historia tan positiva de la reconstrucción. Todo esto, pensaba yo, habría de explicárselo a mi amiga. Pero, seguro como estaba de su réplica, creí oportuno reflexionar un poco sobre esto de la memoria y del conflicto, algo que en los últimos tiempos me parecía cada vez más sugerente.





4. LA MEMORIA Y EL OLVIDO: «HAY QUE GUARDAR SILENCIO»

La memoria, un término que ha saltado también a la arena del debate historiográfico como instrumento, igualmente, de una historia social que paulatinamente desarrolla su primigenia vocación cultural. Se oye con bastante frecuencia, en estos tiempos que corren, que una de las tareas de la historia —una más y van miles— es la de llenar los vacíos de nuestra memoria, memoria, naturalmente colectiva. Pero... ¿qué es memoria?; y... ¿cómo es colectiva?

Desde luego es verdad que no existe pensamiento alguno que no inicie su andadura sino desde el recuerdo, esa tímida y confusa luz que alumbra, aunque sea con el titileo de sombras temblorosas, un espacio de los tiempos anteriores. Pero el recuerdo, que siempre lucha contra el tiempo, es necesaria y paulatinamente muy endeble de modo que, si no encuentra un soporte conceptual que lo sostenga, el recuerdo se convierte en humo que se desvanece. Recordamos porque es la única forma de paliar un tanto la certeza de nuestra brevedad existencial; por ello, al mismo tiempo que necesidad, el acto de recordar, precisa también de la elaboración de concepciones abstractas y valorativas que, organizadas en relaciones de causalidad, sean capaces de orientar un discurso sobre el que apoyar la existencia. Dicho de otra forma, organizar los recuerdos constituye un acto de selección y, por lo mismo, es el primero y más útil de los actos políticos.

Claro, pues, que la memoria no son recuerdos ni conocimientos conservados. La memoria es esencialmente tradición y ésta es, sin duda, una de las primeras y principales destilaciones culturales de todo poder constituido. Destilación pretendidamente universal y eterna; objetiva también, porque se dice de ella que está enraizada en la naturaleza de donde dice extraer sus armaduras morales y éticas y su horizonte de legitimidad⁹. Tradición, pues, junto al olvido; no enfrente como pudiera pensarse, sino muy cercanos los dos para actuar complementariamente cuando la decisión política decide internarse en el pasado para alumbrar o para oscurecer; o quizás, también, para inventar, legitimando, lo que simplemente nunca ocurrió. Porque la tradición es pura convención, tanto como el olvido. En ambos casos ocurre que, al fin y al cabo y por decisión política, la memoria siempre resulta maltratada y, consecuentemente, siempre acaba rota y amputada. En ambos casos la memoria sufre gravemente tanto por lo que silencia como por lo que recuerda¹⁰.

Pero con todo, aún reconociendo tales amputaciones y la mucha convención que preside sus procesos selectivos, es verdad también que cualquier formación social minimamente organizada, desarrolla sus depósitos de memoria describiendo pautas de identidad y diferenciación. Y así es posible entender un cierto tipo de memoria generada desde horizontes sociales y otros tipos de ella con entidad más política. En cualquiera de los casos sería erróneo definir la memoria como se dijo más arriba: conciencia estructurada de una colectividad. Ya podemos imaginar que no hay colectividad como tal así como tampoco sociedad en sí misma. Hablemos, pues, de espacios sociales que crean depósitos de memoria y hablemos de grupos de definición política que elaboran e imaginan la suya. A fin de cuentas es el poder, con mayúscula, en su correlato jerarquizado de poderes concatenados, quien motiva la relación de dominación, la más primaria entre los hombres.

Por ello, si la memoria en los sustratos sociales más primarios siempre está inacabada, en las organizaciones más complejas se presenta mucho más movible y recreándose permanentemente. Es *alguien*, mejor que algo, quien mueve y recrea los diferentes depósitos de memoria. Y así, por la voluntad de alguien, individual o colectivo, existen depósitos que proporcionan ciertas respuestas y existen otros que emiten otras distintas. No existe, pues, neutralidad en estas cosas de la memoria, del olvido y de la tradición; sólo existe un proceso selectivo. Por ello, convengamos que el pasado no es sino *elección* de unos u otros depósitos en función de la correlación de fuerzas en la escala socio-política del poder. Porque, a fin de cuentas, la memoria es el arma central del conflicto social; arma de grupos y clases dominantes; y arma también de grupos y clases dominadas. Todas en lucha por el poder, esa primera necesidad de toda relación social.

— «Hay que guardar silencio y olvidar. La única cosa que queda, señores, es olvidar y no con un proceso que se abre nuevamente»¹¹. Son éstas las palabras de un líder muy conocido y, aunque toda semejanza con nuestro presente más inmediato pudiera disparar la curiosidad de algún lector, debo decir inmediatamente que su autor fue el General Augusto Pinochet, quien las emitió el 15 de septiembre de 1995 con ocasión de una campaña para conseguir una ley de punto final o algo parecido. En cualquier caso, es preciso comprender la conciencia que las anima. Pueden reconocerse miles de atrocidades si existe luego un tribunal llamado amnesia que perdona como si fuera un pozo hondo y oscuro. La amnesia crea así una cultura del olvido y, con ello, construye un espacio confortable de lo cotidiano dentro del cual se ha de evacuar la memoria social de los vencidos. La amnesia, naturalmente, no



es sino una memoria soezmente manipulada pero sirve para ocultar el dolor de los que sufren. Memoria rota y resquebrajada sobre la que se construye la memoria dominante. Naturalmente es cierto, pues, que esta cosa de la memoria es arma primera del conflicto. Conflicto, habrá que abordar este asunto de inmediato.

Mientras tanto, y por ahora, cabe preguntarse cómo se puede hacer historia desde esta perspectiva de la memoria fabricando convencionalmente tradiciones y culturas. Algunos historiadores, los más calmados, contestan que es tarea suya la de buscar la memoria no en la manipulación burda de los discursos del poder, sino en la humildad del documento, ahí donde necesariamente quedó congelado una brizna del pasado. ¿Memoria depositada en los documentos? Párrafos más arriba se indicaba que en estos temas de memorias y grupos no había neutralidad sino selección, y conviene indicar que cualquiera que fuere la manipulación inherente a todo acto de memoria, siempre se remite a un proceso selectivo. Selección substancial a los grupos sociales y selección substancial a los individuos. Por ello al historiador, calmado o no, no le está permitido percibir el mundo pasado en la objetividad nebulosa de la sucesión de datos o de estructuras elaboradas previamente. Como todo individuo con memoria, el historiador es selectivo; eso sí; como estudioso y experto habría que desear que su selección necesaria estuviese ahormada en un discurso conceptual previo, ese que es capaz de no ver el pasado como realidad absoluta sino como problema. Y en este punto de la reflexión, tal parece que la cuestión del problema remite tanto a la interrogación que supone toda hipótesis como a la naturaleza conflictiva y contradictoria inserta en el objeto social de referencia. Problemas, por lo tanto, en la pregunta, y problema en el objeto preguntado. El conflicto se halla implícito tanto en la teoría como en la praxis y el pasado, pues, se organiza en torno a una construcción conceptual elaborada dialécticamente por el encuentro constante de la experiencia y su percepción. Son, pues, nuestras «necesidades» las que nos empujan hacia el ayer. Necesidades e intenciones que no han de ser ni parciales ni subjetivas.

5. LAS DOCUMENTACIONES MARAVILLOSAS Y LAS HISTORIAS REPETIDAS

Por ello los materiales del historiador no son, en sí, memoria porque tienen entidad objetiva. Están ahí para que puedan ser traspasados en su evidencia formal. Los documentos son, igualmente, selectivos por



partida doble: primero por «decisión» voluntaria de quienes los produjeron; y segundo, porque al llegar al momento presente son rescatados mediante acto voluntario de especialistas y curiosos. En ambos casos existe un universo complejo de necesidades de individuos y grupos. No son certezas absolutas ni son entes de verdades objetivas capaces de escribir la historia por sí mismos. En los documentos siempre jugó la dialéctica entre verdad (percepción) y realidad (experiencia) y eso quiere decir que más que la evidencia de la realidad, allí aparece una parte de la proyección imaginaria que de sí tuvieron sus creadores. Por eso en los archivos pueden encontrarse millones de representaciones del pasado, tantas como personas y también tantas como grupos. Miles y miles de memorias, tantas como personas, aunque mejor, tantas como grupos.

Porque, y a esto quería llegar, el documento es esencialmente un producto social, una creación de los hombres organizados como fuerzas sociales en relación con la estructura de poderes constituidos. Creación expresada en la dualidad de términos, pasando continuamente de lo certero a lo que parecía verdadero. Así vivieron ellos y así vivimos nosotros, lo que no quiere decir que tal semejanza en el plano de esta dialéctica conlleve esquemas de igualdad entre unos y otros. La brecha del tiempo existe y se ahonda cada día y, por ello, el correlato del cambio cualitativo permite establecer las diferencias necesarias entre el «nosotros» presente y el «ellos» pasado. El otro, por consiguiente, existe en verdad y no sólo está hoy conmigo, también está en el pasado y puede ocurrir que, como en la metáfora de Sartre, sea también mi propio infierno.

Desconfío pues, o al menos no me altero demasiado, cuando hasta mí llegan noticias de hallazgos de documentaciones maravillosas susceptibles de construir el pasado tal y como fue, con todas sus complejísimas estructuras. Son demasiados, a mi juicio, los historiadores atrapados en la fe del carbonero que, usando los documentos como si fueran ladrillos, son capaces de construir sólidas certezas de rotunda y elemental artificialidad que pintan el pasado en película de blanco y negro. Tonos claro, tonos oscuros, tal vez tonos grises que es el no color.

Y así, en nuestra memoria, se suceden los discursos coyunturales secuenciales y en períodos sucesivos; y los análisis sociológicos de estamentos, de grupos y de corporaciones donde la descripción de los elementos de estructuración interna completan nuestro cuadro de conocimiento. Y verdaderamente son cuadros completos donde apenas nada falta. Ahí está el patrimonio económico del grupo, la parcela de poder institucionalizado que posee y ejerce, su grado de prestigio social y tam-



bién las formas de representación cultural que dicho grupo se dio a sí mismo. Todo aparece ahí realmente según los componentes clásicos que para todo grupo constituido ha previsto la ciencia sociológica. Así es, esquemáticamente, el plano de representación del discurso historiográfico dominante. Para elaborarlo se han usado documento tras documento: registros parroquiales, cartas de dote, capitulaciones matrimoniales, testamentos, inventarios post-mortem, pruebas de limpieza, registros y catálogos de bibliotecas y... un sinnfín de cosas más, documento tras documento. ¿Qué puede faltar? ¡Ah!, sí: las estrategias familiares, claro, eso que permite definir —según se dice ahora— los planes de solidaridad y sociabilidad y la articulación de relaciones interpersonales, lo que se conoce en terminología anglosajona como «network analysis». Así son, por lo general, las estructuras de la historiografía mayoritaria. A lo sumo, se advierte que en esta arquitectura hay cabida para precisar ciertos grados de diferenciación social, pero ocurre que tales diferencias producen ciertas dependencias internas que luego quedan subsumidas por los discursos culturales que exige la supervivencia: el discurso paternal de la protección y el discurso filial de la asistencia.

Tal es, resumiendo, el esquema actualmente dominante. Un mundo de individuos organizados en grupos bien constituidos que parecen moverse en un espacio armónico de esferas y volúmenes. En ese mundo, las fuerzas gravitan unas respecto de otras y todas entre sí, estableciendo cientos de relaciones (muchas de ellas innecesarias), pero el mundo que allí se crea es un orden inmóvil. Tal parece más o menos el mundo imperante en nuestra historiografía. Hágase una amplia referencia bibliográfica y, desde estos principios, podrá comprobarse cómo el universo así creado es uniforme y unívoco. Veamos, por ejemplo: estructuras familiares aquí, en el lugar A; la organización de los miembros del Consejo X; las oligarquías municipales allí, en otro lugar. Se trata, por lo general, de estudios que construyen entramados sociológicos en los que se pueden singularizar a grupos y familias que —entresacados de los viejos espacios de los estamentos— administran los asuntos públicos, mantienen la paz y aseguran la justicia. En cualquier caso, las estructuras que aquí se expresan, aún cuando constituyen un armazón sólido, da la sensación que forman un hermoso edificio vacío. Si se me permite, diré que forman imágenes severamente correctas que reproducen amables representaciones pero que ocultan otras realidades de rostro mucho más severo. En realidad parece que tales historias, de desarrollos sociológicos tan precisos, ocultan verdaderamente toda cultura de poder.

El poder, el verdadero motor y la auténtica pasión de esas familias convertidas en élites u oligarquías. Poder entendido como medio e ins-





trumento de dominación y poder que construye su discurso rompiendo la memoria. En nuestra historia social pocas veces se representa el poder en esa dialéctica de mandar y obedecer y en los medios de que se dota. Porque si rompe la memoria también manipula el olvido y procura ocultar el dolor de los oprimidos. El dolor real con sus terribles dependencias, no el dolor descrito y narrado como en un cuadro costumbrista donde más que la miseria (la corte de los milagros que describe B. Geremek), se dibuja su teatralidad¹². Es otro el dolor que se busca, un dolor que traspasa el mundo de imágenes y se enrosca en la realidad de los hombres sin nombre.

A la nueva historia social que deseamos, no le puede interesar pintar nada sino explicar y entender. Ha sido N. Zemon Davis quien, con acierto, ha señalado en este punto las deficiencias de nuestra historia social, adormecida en ocasiones por el discurso culturalista y etnológico, hemos buscado —más o menos inconscientemente— disolver «el peso de la explotación, el dolor de los perseguidos y las rupturas resultantes de los graves conflictos»¹³. Hay, pues, varios estratos de la actual historia social, muy recientes y postmodernos, que han dejado de ser intelectualmente perturbadores porque, en sus metodologías mecanizadas, han ido confundiendo los conceptos que se elaboran en las cercanías de la memoria: realidad y representación. Esa historia social, entregada a describir estructuras, ha dejado de ser problemática y ha olvidado el análisis del conflicto. Pecando de estatismo ha devenido, por ello mismo, en conservadora e incluso reaccionaria. Y parece, en consecuencia, urgente, que volvamos a considerar la compleja entidad de los problemas.

En la disciplina historiográfica, las referencias a los problemas que la investigación siempre selecciona, son como se sabe constantes. No se trata de realizar evocaciones nostálgicas sino de reivindicar la idea de que la selección de problemas por resolver hace mucho más inteligible el análisis histórico.

6. EL PROBLEMA EN LA HISTORIA: CLASES SOCIALES Y CONFLICTO

Desde mi óptica personal debo aquí recordar dos nombres que elijo entre otros muchos. Uno, el primero L. Febvre, autor de mis lecturas universitarias, siempre compulsivas, y creador de metáforas maravillosas en cuya belleza quedó prendida mi vocación de historiador. Del cajón de mis viejos apuntes extraigo estas palabras: «(...) El historiador no se mueve —decía el fundador de *Annales*— vagando al azar por el pasado

como un trapero en busca de trapos viejos, sino que sale con un plan preciso in mente, un problema que resolver, una hipótesis de trabajo que verificar (...). Lo esencial de su trabajo —continuaba— consiste en crear, por así decirlo, los sujetos de su observación con ayudas de técnicas frecuentemente complicadas; y luego, una vez tomados estos sujetos, en «leerlos» y organizar sus preparados. Labor ardua, ciertamente. Porque describir lo que se ve, pase, pero ver lo que se debe describir, eso es lo difícil»¹⁴. Ver lo que se debe describir, tal es el aviso de Febvre: una vieja recomendación metodológica. Febvre la pronunció en el acto de inauguración de curso en el College de France en 1946. Yo la leí a principios de los años 70, ciertamente que sus recomendaciones tan sólo indican el proceso del quehacer historiográfico, pero hoy todavía me conmueven.

Otro autor, éste muy moderno, y no un historiador sino un antropólogo crítico con el modo de hacer de los historiadores: Clifford Geertz, el autor de *La Interpretación de las Culturas*¹⁵. Geertz, interrogado sobre el objeto primero de la antropología y situado en el debate teórico de la selección de objetos y de la verificación de hipótesis, sentencia en un momento del debate: —«Nosotros los antropólogos estudiamos *en* los pueblos, no estudiamos los pueblos». Bueno, a pesar de su simplicidad, el juicio presenta un extraordinario valor cualitativo concentrado en la preposición *EN*, un monosílabo capaz de indicar que resulta muy dudoso hacer inteligible la globalidad del todo social y que, en consecuencia, esta globalidad sólo juega en el papel de referencia; porque el interés principal está en saber qué cosa merece ser precisada en ese «en los pueblos».

Recuérdese, pues. Febvre sugiere que aprendamos *a ver lo que se debe describir* y Geertz que trabajemos, no en los pueblos, sino algo *en* los pueblos. En ambos casos, casi con 50 años por medio, la sugerencia es la misma: búsquese el problema y hágase la buena pregunta. Debo apresurarme: no estoy defendiendo ni a Febvre y sus *Annales* (en muchos casos son defendibles), ni tampoco la vocación empirista de Geertz, ahora solamente me interesa introducir sus nombres para recordar que los cuestionarios —ese almacén de preguntas importantes del que se ha venido nutriendo la historia social— son necesarios y que han de ser revisados porque hoy se exigen nuevas preguntas. Tal reactivación de hipótesis permitirá mantener musculada la nueva historia social.

Porque, efectivamente, en el largo recorrido de la historia social, la repetición de preguntas y la utilización de los viejos cuestionarios ha sido tan constante que esclerotizó los avances y anuló su recorrido. Porque la reivindicación de *Annales* de la famosa *historia-problema* no signifi-



caba tanto una apuesta por el *por qué* sino por el *cómo*, y ello dio ocasión a un empirismo espontáneo que desembocó en una forma de positivismo primario, origen esencial de la crisis de la Revista.

Parece, pues, importante el *cómo*, pero en la selección de hipótesis más significativo parece el *por qué* y tal interrogativo, operando en la diana a la que se aplica, permite contemplar el cuadro social organizado, no estructural sino dinámica y contradictoriamente, en relaciones sociales de dominación y dependencia. Relaciones que, por consiguiente, son expresivas de un conflicto. Y el conflicto siempre remite al viejo y triple problema de definición de los tres clásicos conceptos: *clase social*, *lucha de clases* y *conciencia de clase* que el marxismo puso encima de la mesa del debate secular, una situación donde todavía se encuentra para una y mil veces ser desplazado y otras tantas ser repuesto.

Pero, con todo, el debate ha sido fructífero porque el juego dialéctico subsiguiente ha posibilitado que los tres conceptos clásicos superen los tiempos históricos en que fueron concebidos y sean considerados, todavía, como categorías analíticas capaces de «organizar una evidencia histórica del pasado»¹⁶. Pero además, el concepto de clase y sus referentes inmediatos han roto, en nuestros días, los estrechos moldes donde fueron reducidos al nacer («el lugar objetivo en la red de relaciones de producción») y hoy habitan otros espacios más sutiles —culturales, políticos y simbólicos— en los que la clase y el proceso de su formación permiten recobrar el pulso dinámico del fenómeno histórico; así, éste, finalmente, se torna más rico y complejo.

Y es de tal manera como el conflicto entra en escena, considerando muy frecuentemente el concepto de hegemonía gramsciano. Porque por hegemonía no sólo se entiende el ejercicio del dominio y la dependencia activados desde la primacía económica; la hegemonía es «también ético-política», lo que permite derivar el debate hacia espacios cualitativos de la cultura y hacia los espacios simbólicos que también expresan la dominación, naturalmente, ambos definidos siempre en el interior del proceso histórico.

Naturalmente, estoy hablando de E. P. Thompson y su idea de clase como «categoría histórica» y no como deducción abstracta resultante del análisis teórico. Las trampas de la razón son muchas, como se sabe, por eso el discurso racional ha de definirse siempre en el ruedo de los procesos sociales. Y así, la clase no es previa al conflicto sino consustancial en él porque en él se alimenta y porque es, en la tensión con el otro, donde se reconoce como tal y crece, entonces, su conciencia. Pero, además, la clase que vive en el conflicto, conoce perfectamente las características de ese medio donde cobran sentido multitud de estrategias



de grupos, subgrupos y hasta individuos. Y ello supone entendimiento y situar también en el análisis toda la enorme variedad de procesos simultáneos y sistémicos. Porque, en realidad, una clase social —cualquiera que sea su proceso de formación— no genera incompatibilidades sustanciales con otros parámetros que crecen y se desarrollan en el seno del conjunto de fuerzas productivas: las categorías de edad, las expresiones de linaje, las formas de patrocinio, las prácticas religiosas o las dependencias de género o incluso del lenguaje. Todos son parámetros entendibles también en términos de clase porque no son parámetros neutrales en el conflicto social; por el contrario, forman partido y refuerzan las posiciones de dominación y resistencia, las de rivalidad y complicidad; las de negociación, compromiso y consenso ¹⁷.

Pero, además, el concepto de clase no tiene por qué anegarse en una o varias formaciones sociales, genéricas y abstractas, identificadas y definidas como categorías, en el universo cerrado del conjunto social. La clase social, en su trayectoria histórica nunca «margina» al grupo, a la corporación o al individuo, por el contrario fueron estos los que, inmersos en el conflicto, elaboraron los discursos culturales de la conciencia de clase. Porque no se trata de mundos extraños, como la cuantificación y el trabajo estadístico han sugerido al imponer la asfixiante cultura de lo general. El individuo o el sistema de parentesco al que este puede adscribirse describen —por qué no— sus propios horizontes de singularidad y no por ello dejan de inspirar e inspirarse en el espacio que abarca la clase. Entre ambos universos no puede haber sino necesaria y precisa relación. No existe cultura autónoma del individuo y cultura autónoma de la clase, ambas se integran mutuamente entre sí. No parece que pueda ser de otra manera; y hoy —en consecuencia— resultan un tanto simples (aunque no inocentes) aquellos famosos debates, los de Time on the Cross, en los que se llegó a defender la autonomía y el aislamiento de la cultura de clase: cultura autónoma del esclavo frente a la cultura del amo; cultura, la de las clases trabajadoras, autónoma e independiente de las culturas burguesas ¹⁸. No son, ciertamente, lo mismo pero nadie puede hablar de cultura de lo singular y reconocible, oponiéndola a lo general y abstracto. La búsqueda de la gran razón o de la gran síntesis del conocimiento verdadero parece que ahoga, en su seno, a millares de individuos, universos particulares que obedecen, en sus estrategias, a lógicas más concretas, enraizadas en el conflicto de la supervivencia, un conflicto entre individuos que es un conflicto entre clases.





7. CONFLICTOS Y MICROHISTORIA: DE LOS INDICIOS AL PROBLEMA

Y cuando la metodología del historiador se presenta en los territorios de los individuos, buscando horizontes de particularidad y singularidad, se dice muy frecuentemente que entramos en los dominios de la *microhistoria*, palabra atrayente pero de significados difusos. Hace algún tiempo J. Revel afirmó, con razón, que la propuesta microhistórica realizada desde Italia en la década de los años 80, era el síntoma más preciso de la crisis que se cernió en los 70 sobre los parámetros clásicos que venían sosteniendo la historia social clásica¹⁹. Dicha crisis manifestaba, esencialmente, la duda de que los modelos globales de la historia social fueran realmente explicativos de la realidad social que pretendían describir.

Es cierto que la corriente no tuvo acta fundacional, por ello no existen referencias teóricas ni en cuanto al método ni en cuanto a los objetivos. Todo fue fruto de la experiencia; pero con todo existen líneas definidoras del procedimiento. Estas son las principales.

1. La certeza de que la realidad no se construye por capas superpuestas; de modo que no es plausible pasar del universo pequeño del núcleo interior a los universos externos y mayores de la periferia. No hay paralelismos certeros porque si se reduce la escala de observación no se ven las mismas cosas; no ocurre que el enano se convierta en gigante, ni lo que parecía una mancha borrosa desde las alturas, a escasa distancia se torne en lo que era de verdad: una ciudad de calles y contornos definidos. No. Lo que pasa es que aparecen paisajes nuevos y relaciones no percibidas anteriormente e individuos que emiten discursos propios y diferenciados. Pero diferenciado no quiere decir opuesto, ni siquiera contradictorio. Las voces de estos individuos se emiten desde su propia experiencia, inserta en el proceso histórico que a ellos afecta siempre en el plano de la contradicción y del conflicto. El análisis microhistórico no renuncia, por lo tanto, al concepto de clase social, antes bien lo potencia y lo ubica en el tiempo real donde se elabora. Reducir la escala de análisis no es más de lo mismo sino principio de variación.

2. Pero con todo, lo *micro* no se opone a lo *macro*, más bien lo enriquece haciéndolo más comprensible. Es algo obvio porque los individuos con nombres, hallados en los espacios primarios, construyen la experiencia de lo vivido, no por agregación sino por mutación. NO disgregan la totalidad, no, la describen en su mayor complejidad. Cada individuo protagoniza una o varias estrategias que, lejos de perderse en

lo evanescente quedan inscritas en un todo resultante mejor o peor, pero equilibrado. Un equilibrio que no remite a la globalidad social clásica sino que descubre el significado de otras identidades sociales «plurales y plásticas»²⁰, tales como la familia, el linaje, el género.

3. No es, pues, finalmente el dominio microhistórico un programa «Deconstruccionista»; no llegó a la historiografía arramblando con lo que antecedió; más bien por el contrario, presenta actitudes reformistas que introducen incertidumbre, los deseos y la posibilidad, todas estas significaciones consideradas en torno a la noción de estrategia. En el análisis de lo inmediato todo ha de ser redefinido porque todo se está tejiendo en el momento, motivado por pulsiones culturales y por exigencias de la necesidad. Ahí la historia se contempla a sí misma en la gestación de su propio significado.

Pero con todas sus posibilidades, el análisis microhistórico no puede generar espacios propios y exclusivos, no expresa taxonomías complejas, sólo pretende ubicar al historiador en el taller concreto de su propia realidad. Claro que no se trata de describir contextos fotográficamente, este modo de proceder no desecha la perspectiva de lo temporal porque aquí también es posible obtener secuencias temporales concretas y precisas.

No se entiende por qué este método renovador de la nueva historia social ha provocado iras rotundas y discursos descalificadores como el que, por ejemplo, promovió J. Fontana recientemente²¹. Es esta cosa de la microhistoria, dice Fontana, una forma de historia narrativa que tiene mucho que ver con el estudio de las mentalidades. Una forma de narración que ha tenido éxitos literarios que versan «sobre acontecimientos que no pasan de anécdotas» («story más que history»). El problema de tales obras anecdóticas —continúa el autor— es su pretensión de identificarse con obras «de más fuste», en las que aparecen «casos individuales», eso sí, situados en un contexto. Esas obras de más fuste tienen un objetivo «prevenirnos» contra «la falsa universalidad de las reglas».

Duras palabras, las de Fontana, contra este modo de hacer historia. Duras y en algunos momentos —así parece adivinarse— cargadas de ira, como sucede cuando Fontana castiga la petulancia de estos falsos historiadores por pretender apropiarse de nombres y de obras como las de E.P. Thompson. Esto de la microhistoria es, pues, en opinión de Fontana, un género histórico-literario que a lo máximo que puede aspirar es al nivel literario y publicístico de *El nombre de la rosa*.

«Microhistoria es, pues, ensayos sobre acontecimientos que no pasan de anécdotas». Esquemática caricatura y excesiva simplificación. ¿Anécdotas?; ¿qué son anécdotas para Fontana? ¿los «evanements» de



la historia tradicional? Quizás, no, ni eso. ¿La espuma de todos los días? o ¿el agua que discurre por la acera y desaparece por la alcantarilla? ¿Anécdota es quizás un accidente? En tal caso, si así fuera, su entidad cualitativa, derivada de su carácter de excepcionalidad, sería suficiente para romper la certeza de la globalidad. No, nada de eso, la anécdota para Fontana es mucho más despreciable todavía porque de ella, por sí misma, no se puede deducir leyes ni construir normas. En tal caso la anécdota no es sino el humilde polvo que inevitablemente se produce cuando se construyen estructuras y modelos globales de explicación. ¿Polvo?, ¿ni siquiera un valor de indicio?

Historia esta, dice Fontana, que explora casos individuales sin preocuparse de su contexto. Ni el Menochio de Ginzburg, ni el Martin Guerre de N. Zemon Davis —los dos ejemplos que cita Fontana— son otra cosa que mero accidente, encerrados en su propio significado sin posibilidad ninguna de emitir proposiciones propias. Ni de uno ni de otro puede esperarse nada sin referencia al contexto. La relación social para Fontana no puede tener otra causalidad sino la que nace del conjunto de necesidades colectivas. En principio fue el grupo, luego el contexto, finalmente... nada. ¿Alguna vez alguien habló de determinismo y unilateralidad?

Microhistoria, dice Fontana en su última parte del comentario, es un género sin teorización; un método detectivesco a lo Sherlock Holmes, en busca del asesino. Pero, en verdad, Conan Doyle, el creador del famoso detective, tenía un sentido muy preciso del método de los indicios o de los síntomas, algo que en aquellos años de finales del s. XIX se aplicaba, con enorme éxito, en algunas y muy significadas ciencias sociales: la psicología, la arqueología, la propia historia del arte y, sin duda, la propia medicina. Disciplinas todas ellas que, como la historia, también hacían acopio de los detalles, de las anécdotas como diría Fontana, para desarrollar un «paradigma» de conocimientos no basado sólo en la cuantificación de la norma cuanto en la singularidad y la particularidad. Los indicios no son ladrillos, materiales de construcción, definidos en sí mismos. No son eso, evidentemente, sino que singularizados por lo cualitativo llevan impresos, en su constitución interna, la entidad final del sujeto que los significa. Naturalmente que el historiador no es un detective, pero no puede olvidar tampoco que las visiones de lo particular expresan espacios antropocéntricos que los paradigmas matemáticos excluyeron. Cierto que hay problemas cuando los indicios —excluidos de su entidad interior— dejan de acercarse a las pruebas para convertirse en materiales acumulados. En tales casos los peligros del positivismo extremado resultan evidentes.



Por lo demás, la acusación de que el método microhistórico ha intentado apropiarse de E.P. Thompson, no deja de tener mucho sarcasmo y ser un juicio sobrado de ironía. Porque prácticamente todos los historiadores más relevantes del método *micro*, han elaborado sus reflexiones inspirados en modelos historiográficos cercanos al marxismo más dialéctico. En ellos el pensamiento de Gramsci fue decisivo en la génesis de su metodología. Y puestos a poner ejemplos concretos, ¿qué distancia separa, verdaderamente, la concepción de G. Levi sobre las clases sociales y la que E.P. Thompson defendió, con tanto ahínco, desde que elaboró su *The making of the English working class*?

En cualquier caso, la microhistoria no destruye el territorio global de lo *macro*, ni tampoco absorbe todo el territorio del observador. Sólo propone otorgar interés a los espacios de los mundos reducidos; y ello, en el territorio de las relaciones sociales, ampliando los horizontes en los que éstas también operan, horizontes de cultura y de ideología.

EPÍLOGO

Finalmente, de una manera y otra, el futuro existe siempre y, seguro que se halla en la disposición metodológica para expresar las posibilidades del razonar dialéctico. El contraste, las antítesis y las paradojas no son sólo figuras literarias, también expresan imágenes del mundo cierto o del mundo verdadero. Unas y otras hacen referencias al encuentro, siempre constante, del individuo con su medio social, encuentro pleno de racionalidad que se basa en la lucha por las necesidades de la subsistencia. Porque tal vez los recursos sean escasos, pero sin duda ninguna que están muy mal repartidos. Y esta circunstancia no se puede ocultar con la confortabilidad que propone la «realidad virtual» de nuestros tiempos. El mundo no es armonioso, desde luego, está sediento de justicia. Nuestra historia social no puede sino entender la crudeza de tal realidad. Y ahí no caben las construcciones complejas que quería edificar mi amiga, aquella que me mostró los recovecos de estas reflexiones.





NOTAS

1. J. ISRAEL, *La Judería Europea en la Era del Mercantilismo*. Crítica. Barcelona, 1994.
2. C. GINZBURG y C. PONI, «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico» Rev. *Historia Social* (10) Primavera-Verano 1991, pp. 63-71
3. J. CARO BAROJA, «El ballet del inquisidor y la bruja», *Historia* 16, Extra I, Diciembre, 1976, pp. 87-97.
4. L. STONE, «Una doble función. Las tareas en las que se deben empeñar los historiadores en el futuro». *El País* de 29/7/1993.
5. R. SAMUEL; J. BREULLY, J. C. D. CLARK; K. HOPKINS; D. CARRADINE, «¿Qué es la historia social?», Rev. *Historia Social* (10), Primavera-Verano, 1991, p. 140.
6. A. GURIEVICH, *Las categorías de la cultura medieval*. Taurus. Madrid, 1970, p. 30.
7. «El hilo de Ariadna que guía al investigador en el laberinto de los archivos». C. GINZBURG y C. PONI «El hombre y el cómo...» art. cit., p. 67.
8. E. FOX y E. GENOVESE, «La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto», en Rev. *Historia Social* 1, Primavera-Verano, 1988, p. 105, citando a Raymond WILLIAMS, *The country and the city*, N. York, 1973.
9. G. LENCLUD, *Laboratoire d'antropologie social*. CNRS. Paris 1993. Introducción, p. V.
10. A. DÍAZ-QUIÑONES, *La memoria rota*, Ed. Río piedras. Puerto Rico, 1993. p. 24.
11. El mundo del siglo XXI. *Internacional*, 20, de 15 de septiembre de 1995.
12. B. Geremek, *La estirpe de Caín* (La imagen de los vagabundos y de los pobres en las literaturas europeas de los siglos XV al XVII). Mondadori España. Madrid, 1991, p. 171.
13. N. ZEMON DAVIS, «Las formas de la historia social» en Rev. *Historia Social* 10, Primavera-Verano, 1991, p. 181.
14. Citado en C. GINZBURG, *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*. Ed. Anaya-M- Muchnik. 1993, p. 40.
15. C. GEERTZ, *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona, 1992.
16. E. P. THOMPSON, «Algunas observaciones sobre clase y falsa conciencia», en Rev. *Historia Social* 10. Primavera-Verano, 1991, p. 28.
17. N. ZEMON DAVIS, «Las formas...», art. cit., p. 180.
18. R. W. FOGEL y S. L. ENGERMAN, *Time on the Cross. The Economics of America Negro Slavery*. 2 vols. Brown and Co. Boston, 1974.

19. J. REVEL, «Micro-analyse et construction du social». (Agradezco al autor la consulta sobre el original)
20. G. LEVI, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*. Nerea. Madrid, 1990. «A la larga, todas las estrategias personales y familiares tienden a aparecer atenuadas, a reflejar en un resultado común de equilibrio relativo» p. 11.
21. J. FONTANA, *La historia después del fin de la historia*. Crítica. Barcelona, 1992, pp. 19-20.

